

## EL MOTÍN

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, trimestre, 1,50 pesetas. Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año. Número suelto, 10 céntimos. Atrasado, 25. Corresponsales, 25 números, 1,50 pesetas.

## La consecuencia

¿Es virtud en política, ó es vicio? Siempre creí que lo primero. Hoy no me atrevo á asegurar que sea lo segundo. ¿Por qué? Por varias razones, entre ellas éstas.

Canalejas, como tantos otros, se fué de la República á la monarquía; ha sido ministro con ésta, ha hecho fortuna al compás de los anatemas que hemos fulminado contra él. Y de seguro que si hoy dijera: «vuelvo á ser lo que fui», lo recibiríamos con los brazos abiertos.

Otro ejemplo. Romero Robledo ha sido siempre monárquico y de los peores para los republicanos. Pues si al acabar el discurso de contestación al Mensaje dice esto ó cosa parecida: «He sido monárquico por creer que de este modo serviría mejor á mi patria, soy tan culpable como el que más en los males que hoy sufre, pero convencido de que no puede salvarse sino cambiando de régimen, me declaro republicano y abro banderín de enganche con este programa (cualquiera), si habla así, tendría ya á su lado muchos republicanos, más que ninguno de los jefes actuales tiene.

Y allá va el último ejemplo. Si un día Martínez Campos, el que trajo la restauración, el que constantemente hemos combatido, se ofreciera á ayudarnos á traer la República ¿lo rechazaríamos? No. Y si lo hiciéramos seríamos unos imbéciles, sabiendo que es de los pocos que dicen: «voy á tal punto», y allá va.

¿Qué prueba esto? Que la consecuencia, cuando no va acompañada de otras cualidades, es virtud apreciable en política, pero nada resuelve; y que los partidos en la oposición no se salvan con virtudes infundadas sino con resoluciones energéticas, con actos viriles. Muchos de nuestros hombres, tanto de primera, como de segunda fila ¡qué consecuentes! ¡qué dignos! Pero ¡qué inútiles! ¡qué incapaces!

Casi tanto como el consecuente

José NAKENS

## El parto de los montes

Un artículo de fondo de cualquier periódico en día que no hay asunto, largo y empalagoso, tal es el Manifiesto circular que ha lanzado el Directorio de fusión republicana. Con decir que es inferior á la labor que los que lo firman han hecho en el Congreso, está juzgado. Y con benevolencia.

Enumeración, ó mejor dicho, inventario de las catástrofes sufridas y que todos nos sabemos de memoria, el Manifiesto no con tiene afirmación alguna, y se limita á recomendar la unión y concordia entre los

principes cristianos, digo, entre los correccionarios, terminando con este párrafo:

«Las últimas elecciones municipales han puesto de manifiesto la eficacia de la concordia. Donde quiera que han luchado los republicanos unidos y organizados, han vencido. Se trata de que los que entonces se hizo aquí y allá se haga inmediatamente en toda España. De eso depende el porvenir, no ya del partido republicano, sino lo que importa mucho más, de esta pobre patria, más querida cuanto más desventurada, y á cuya existencia íntegra é imperecedera, puesta torpemente en duda, debemos todos sacrificar vidas y haciendas.»

Madrid 31 de Julio de 1899. — José Muro, presidente; Gumersindo de Azcarate, Vicente Blasco Ibáñez, Fernando Gasset, Miguel Morayta, Rafael Prieto y Caules, Francisco Zavala, José Lletget y Sardá, secretario.

Anodino juzgaba que sería el Manifiesto, pero ¡no tanto! ¡no tanto!

Después de leerlo, queda en el ánimo la duda de si en el partido republicano no habremos quedado ya más que unas docenas de ilusos, unos centenares de imbéciles y unos millares de mentecatos.

Aun cuando exagero. En el partido quedan todavía muchísimos republicanos que no se hubieran atrevido á poner su firma en ese Manifiesto.

Y esto es ya algo para no perder del todo la esperanza.

## ¿A dónde va usted?

Aguardaba ansioso el anunciado discurso de Sol y Ortega en la discusión del Mensaje. «En él borrará, me decía, la mala impresión que produjo el que dedicó á combatir á los republicanos por defender su acta y la de los polaviejistas.»

Y habló, y bien, pero sin finalidad. Porque decir que estamos pésimamente, y que á todos alcanza la responsabilidad de lo ocurrido, es decir lo que cualquiera; no lo que se esperaba de un hombre que vale lo que él.

Lo que dijo, equivale á si un médico de primera fila hablase de este modo al enfermo: «Amiguito, por su mala vida y costumbres está usted reventado; sus pulmones no funcionan y al estómago le pasa lo mismo; su corazón está hipertrofiado; su sangre no tiene glóbulos rojos; la anemia está apoderada de su cerebro. Y ahora, quede usted con Dios.» Y se fuese.

¿Qué merecía ese médico? Que nadie volviera á llamarle, ó que los parientes del enfermo le diesen una gran silba, si no una buena felpa. Lo habían llamado para que indicase los medios de salvar al enfermo, no para que le quitase toda esperanza.

Callé, á pesar de producirme tan pésima impresión el discurso de Sol. «Quizás, pensé, haga claras y concretas declaraciones republicanas antes de que termine la legislatura.» Y esperé.

El día que se acordó colocar en el Salón de Sesiones del Congreso una lámpara con el nombre de Castelar, habló Sol:

«Reconozco, dijo, en el señor Castelar grandes virtudes cívicas y morales, y estas virtudes cívicas y morales son un legado que todos debemos recoger, que recogemos principalmente sus amigos, que recoge la concentración republicana, la cual derramará por el país toda esa semilla para ver si el país la fecunda, para ver si surge un gran molde en

el que puedan caber todos los españoles, y servir para que esta patria se restaure, para que se regenere, YA BAJO UNA FORMA, YA BAJO OTRA, que al fin y al cabo, si nosotros hemos de seguir siempre rindiendo culto á la forma republicana, ya lo he dicho en mil ocasiones, lo primero que queremos es el bien del país, el bien de la patria, el bien de España.»

Tampoco en este caso quise partir de ligero, atribuyendo á Sol propósitos que no fueran dignos de su historia republicana, y aguardé á ver si aclaraba el concepto, ó lo desvirtuaba antes de cerrarse las Cortes.

Como no lo ha hecho, y las Cortes se han cerrado, no quiero aguardar más, y pregunto al señor Sol y Ortega:

¿A dónde va usted?

## Un poquito de historia

Recordarán mis lectores que ya en prensa el número 16 de El Motín, supe que Castelar estaba de peligro, y retiré tres artículos. Uno de ellos era el siguiente, que reproduzco, no en son de censura al muerto ilustre, sino para que se lo aplique Sol, el vivo que pretende derramar por el país la semilla que aquel tenía preparada, para ver si el país la fecunda.

### LAS DOS BARAJAS

«Ya sé que en política todos las armas deben esgrimirse, y que sólo es malo el recurso que no prospera.

Pero, confesado esto para que no se me tache de cándido, voy á permitirle decirle al señor Castelar.

¿Adónde va usted? Más claro aún: ¿A quién engaña usted, á los monárquicos ó á los republicanos? En el juego que se trae—no andemos con eufemismos—alguien tiene por fuerza que salir perdiendo. ¿Quién es ese alguien?

Usted juega con dos barajas; esto es indudable. Ofrece de la una cartas favorables á la monarquía si continúa siendo democrática (á la usanza que hasta aquí), y enseña de la otra cartas favorables á los republicanos, si se prestan á hacerle la partida.

Si cree usted que por tener dos barajas, una para ganar y otra para no perder, va á copar al partido republicano, se equivoca mucho. Los primeros que harían quebrar su juego serían los que le han felicitado, y entre los que no creo fácil que encuentre muchos de la madera de los Abazurzas, Almagros, Celleruelos, Albarados, Borbollas, y demás transfuguillas de antaño. El día que se enteraran, si tal resultare al fin el propósito de usted, de que trataba de explotar su adhesión, mayor hacia su persona que hacia su política, para continuar prestando servicios á la restauración, el día aquel se apartarían de su lado; y las cien mil firmas en que hoy se apoya, se convertirían en quinientos mil pitos para silbarle.

Y después de oír esto, comprenderá que á quien más cuenta le tiene hablar claro, es á usted.

Si yo creía que Castelar debía hablar claro, comprenderá perfectamente Sol y Ortega que más obligado está él á hacerlo. Tenga, pues, por hechas á él las preguntas que dirigí á Castelar, ya que se presenta en la palestra como su heredero y testamentario, todo en una pieza.

## PROSIGAMOS

Y hecha esa historia, repito mi pregunta:

¿A dónde va usted, señor Sol?

¿Es á la República? ¿Sí? Pues á decirlo á voces. ¿Es á la Monarquía? Pues á decirlo á gritos. Nada de vaguedades, ni de nebulosidades. No están ya los tiempos ni siquiera para colocarse á ho-

nesta distancia de nada... El primer deber de todo político es hoy, más que nunca, hablar claro.

De mí sé decir, que soy lo que soy por creer que la República puede levantar á España de su postración y de su ruina. Pues si otra cosa pensare; si sospechara siquiera que está como Sol nos la pintó en su discurso defendiendo al polaviejismo, y por estar así no había salvación para ella, rompería mil veces esta pluma que muevo por sospechar que algo influye en la opinión, antes que haerme cómplice de la farsa que estábamos todos representando ante el país. Y la rompería, no ya sólo por deber, sino por respeto á mí propio, por no avergonzarme de mí mismo...

Y diré más todavía. Si por ambición, cansancio, desengaños, decidiera pasarme á la monarquía que ha desmoralizado, arruinado y desmembrado á España, no pondría paralelas para irme al asalto de la plaza; adelantaría á pecho descubierto, ya que todo lo que pudiera perder, seriedad, prestigio, honradez, lo había inmolado al ocurrirme dar ese paso.

Declara usted que va á que la patria se regenere, ya bajo una forma, ya bajo otra, cubriendo esa frase equivocada con el ropaje pomposo de que lo primero que quiere es el bien del país. No voy á discutir si cree usted posible tal regeneración con la monarquía; es imposible que lo crea un hombre de su entendimiento. Pero si yo me equivoco, y usted realmente creyera eso que dice, mucho tarda ya en declararse monárquico. Cuanto más pronto lo haga, mejores servicios prestará á la monarquía. Tan mala se encuentra, que debe apresurarse usted á prestarle sus cuidados y administrar sus remedios, ya que la juzga en condiciones de salvar la patria.

A lo que no tiene usted derecho, es á continuar más tiempo dentro de esa penumbra, que puede mantener, y mantiene, en el error, lo mismo á los republicanos que se apartarían de usted el día que se declarase francamente monárquico, que á los monárquicos que se acercarian á usted si renegase claramente de la República.

Claridad, franqueza; esto es lo único que le pido en nombre de los que, por desear ante todo el bien del país, no transigimos con la monarquía que usted considera tan capaz como la República de regenerar á España.

Hable usted, y no tema ni denuestos ni reproches, por mi parte al menos. Me hallo ya tan curado de espanto, creo tan poco en la virtud de ciertas palabras, por más que yo siga rindiendo culto á la idea que expresan, que me voy poco á poco acostumbrando á no ser muy intransigente más que conmigo mismo.

Y si alguien le duda, que se fije en el artículo *La consecuencia*, que va en cabeza de este número.

Si la prensa velase siempre por la justicia, no sería posible que los clericales cometiesen ciertos actos.

De un piso de la calle de Radas (Barcelona) desapareció una joven menor de edad, Josefa Castillo, dejando sumidos á sus padres y hermanitos en la más espantosa miseria, pues vivían con lo que ella ganaba.

La madre de la joven, teniendo en cuenta

que su hija se había hecho excesivamente beata de poco tiempo acá, gestionó cerca de la clergalla para ver si sabía dónde estaba su hija, y después de mil negativas y embustes adquirió el convencimiento de que estaba en Sabadell en el asilo de Siervas de María.

La prensa de Barcelona, especialmente *El Diluvio*, ayudó á la familia, y, por fin, y á vuelta de muchos pasos y disgustos fué la Pepita restituida al hogar paterno.

Aplaudo de todas veras á los periódicos que en este asunto han llevado la voz cantante, y me dan asco los que, por tratarse de clericales, no han dedicado ni una línea á condenar el secuestro de esa joven.

El pastor Woolpen presentó hace días á los concurrentes al Congreso metodista de Londres á 20 presbíteros católicos de la diócesis de París, que se han convertido al protestantismo y declarado que están dispuestos á ejercer las funciones evangélicas.

Desde mi punto de vista es igual; lo mismo me revientan unos que otros. Ahora, desde el punto de vista católico, el hecho tiene gran importancia.

¡Veinte sacerdotes en un día y de una sola diócesis! ¡Pues apaga y vámonos! ¡Sin amas que habrán quedado desamparadas y en la más espantosa viudez! Aunque quizás se hayan pasado al protestantismo para casarse con ellas, en cuyo caso aplaudiría á esos veinte curas.

Entre casarse y abrasarse, opino, como San Pablo, que debe optarse por lo primero.

## UNA ADVERTENCIA

En lo que indudablemente no han caído los continuadores de la política de Castelar, ni el mismo Sol á pesar de su gran talento, es en que, si por fin evolucionasen hacia la monarquía, no quedarían ellos solos reventados: quedaría Castelar también.

Siendo ellos sus legatarios, los republicanos de buena fe que á su lado se pusieron, tendrían entonces derecho á exclamar:

«¡Comol! ¿Y era aquí á donde Castelar quería llevarnos? ¡Para esto nos llamol!»

Y decir esto, y considerarle por este sólo hecho traidor á la causa del pueblo, y arrojar esta mancha sobre su memoria, sería todo uno. Creo que deben evitar esto los que le rodearon políticamente en sus últimos instantes.

Vivo él, pudo hacer lo que en mentes le viniera, exponiéndose, claro está, á las censuras de sus contemporáneos; muerto, sería una crueldad, casi un sacrilegio político arrojar sobre su nombre aquel estigma.

Para muchos, Castelar ha muerto en olor de republicano incapaz de volver á transigir con la monarquía que en tiempos ayudó. Procuren los que dicen que siguen su política, Sol especialmente, no hacer nada que desmienta la opinión de esos republicanos.

Llamen para la concentración á todas las puertas. Pero siempre bajo esta base: la República, y sólo la República.

Lo de más ó menos conservadora, allá ellos. En último caso, el pueblo se cuidaría en las primeras 24 horas de decir cómo quería que fuese.

## Que no lo entiendo, vamos

Conforme van llegando los diputados republicanos á sus distritos son felicitados, por la hermosa campaña que han hecho en las Cortes.

Y como yo vengo afirmando que nada verdaderamente revolucionario han hecho, héme aquí perplejo, sin saber si son ellos (los electores) quienes tienen razón, ó si es que yo me he vuelto ya

Biblioteca de «El Motín»

## El dolor universal

FOR

Sebastián Faure

### A.—CUESTIONES QUE DEBEN JUZGARSE PREVIAMENTE

¿En qué consisten el vicio y la virtud? Contradictorias respuestas de los moralistas. Lo que es la conciencia. Libre albedrío y determinismo. Moralistas cogidos en sus propias redes. Dios, ley, conciencia, no son más que abstracciones. Definición equívoca del bien y del mal. Autoridades en apoyo de esta definición. El hombre, ser social y sensible, no es más que un producto del medio. Por naturaleza no es bueno ni malo, es neutro. Pero se hace bueno ó malo en razón al número y poder de los motivos que lo llevan á ser bueno ó malo. Veamos por qué.

B. (1) Paroxismo. (2) Egoísmo. (3) Violencia. (4) Embustero. (5) Codicia. (6) Dominante.

Si tuviese un poco de malicia, podría darme el gusto de poner en aprieto á los que así se expresan respecto á sus semejantes, suplicándoles que contestasen ante todo y de un modo muy claro, á ciertas preguntas de la mayor importancia.

Pediríales lo primero, que definieran con claridad lo que entendían por estas palabras: «bien y mal» «vicio y virtud» «bueno y malo». Uno me respondería, que el hombre virtuoso es el que vive conforme á los preceptos de Dios y sus ministros; otro, que el bien consiste en poner sus actos en armonía con las leyes de su país; aquél me diría que el hombre bueno es el que se esfuerza en no perjudicar á otro y hasta en serle útil; éste, en fin, creyéndose más discreto, me declararía que llevamos en nosotros una especie de tribunal permanente, único apto para juzgar nuestros actos y decirnos cuáles son buenos y cuáles malos; que esta magistratura íntima es nues-

tra propia conciencia, que debemos inspirarnos en sus fallos, y que nos muestra el camino del «deber». Pero como dice el autor de *Fuerza y Materia*, «la conciencia del viejo es otra que la del hombre hecho; que la de éste no es la del joven, y que la del joven difiere de la del niño. La conciencia del rico es diferente de la del pobre, la del sabio de la del ignorante, la del enfermo se diferencia de la del sano, etc.» Y yo añadiré: el hombre de hace veinticinco siglos no razonaba, no sentía como el de hoy; el oriental no piensa, no aprecia como el de occidente; el hombre de sociedad tiene su código particular de reglas, de usos, de principios completamente distintos de las costumbres en vigor entre la clase obrera.

Lo que viene á decir, que la conciencia no es más que «un conjunto de asociaciones de ideas, y por consiguiente de costumbres, agrupadas alrededor de un centro» que varía con la época, el medio, la edad, la situación social de cada individuo; que, por tanto, hablar de moral, de aspiraciones, de temores, de felicitaciones y reproches de la conciencia, es reconocer con Taine, el filósofo académico muerto recientemente, que «la virtud y el vicio son dos productos como el azúcar y el vitriolo» pues que la conciencia en sí no es más que un efecto variable por esencia, y no una causa fija, inmutable. Con esas palabras abstractas, «principios, deber, conciencia» especie de dogmas morales tan caros á las escuelas metafísicas de todos los países, es con las que han arruinado nuestra niñez, y confieso que sólo á costa de luchar se llega á desembarazarse de ese *Jules-Simonismo* obscuro y peligroso.

Pero esto no es todo; podría hacer esta cuestión durante siglos el gasto de una polémica interminable entre los partidarios del libre albedrío y los deterministas, polémica que hoy parece agotada á causa de la derrota irremediable de los primeros. Pero no me gusta pisotear cadáveres. Será patente en lo sucesivo que todo hecho tiene una causa, y que todo acto, por inocente que parezca, está determinado por uno ó varios motivos; que la vacilación proviene de la comparación que se establece entre las influencias que nos impulsan en una dirección y la que nos incitan seguir opuesto camino; que «cada

determinación es un simple eslabón de una cadena de causas y efectos que se extiende hasta el infinito en el mundo material» Hertzén tuvo razón al escribir: «En lo más profundo de nuestra conciencia sentimos repulsión invencible á considerar el libre albedrío como algo real, como otra cosa que un subterfugio destinado á ocultar nuestra ignorancia eventual tocante á un eslabón de la cadena de la causalidad.» Molescott afirma más rotundamente: «No hay libre albedrío, dice; no hay acto voluntario independiente de las influencias que obligan al hombre en todo momento y circunscriben la acción de los más poderosos.»

Esa teoría del determinismo, contra la que en derecho se sublevarían tantos ignorantes y obstinados, se impone de hecho tanto y tan bien, que la crónica judicial todos los días nos revela la absolución de acusados que reconocen el delito ó el crimen de que se les pide cuenta.

«Cuando se consulta los procesos por infanticidio, dice M. Legouvé, halláase allí este hecho verdaderamente terrible: por cada ocho acusaciones de infanticidio probado hay cuatro absoluciones. ¡De ocho homicidas, cuatro absueltos; cuatro homicidas convictos y confesos!» Y cuando magistrados y jueces no llegan hasta la absolución, entran por el camino de eso que se llama circunstancias atenuantes, que resultan del detenido exámen de las circunstancias, móviles é influencias de toda especie que han producido el crimen.

Absolución ó admisión de circunstancias atenuantes, una y otra son fáctico reconocimiento del determinismo, la condenación de ese libre albedrío dogmático y en cierto modo inmaterial, en virtud del que, abstracción hecha de su origen, de su educación, del medio de todo ambiente, el individuo obraría según su voluntad, completamente independiente, autónomo en absoluto.

Hermosa y profundamente justa es esta comparación de Lavater: «El hombre es libre como el pájaro en su jaula: puede moverse en límites determinados.»

Seráme fácil aún poner en aprieto á mis interlocutores, preguntándoles si han estudiado la naturaleza humana con

todo el cuidado y la imparcialidad apetecibles. ¿No se habrán dejado influir sin saberlo por insinuaciones más ó menos interesadas que zumbaban en sus oídos? ¿Están bien seguros de haber comparado seriamente las virtudes y los vicios, las tendencias útiles y las perjudiciales, las tendencias buenas y las malas, único modo de llegar á una conclusión inatacable? Alguien, hasta de los más decididos, confiesan que existe en el individuo un impulso hacia el bien, lo mismo que hacia el mal, mas se apresuran á añadir que el hombre cede al último naturalmente, sin esfuerzo, mientras que, para seguir el primero, tiene que luchar, ser heroico; en otros términos, que el vicio es fácil y la virtud penosa.

Pues bien, á menos de admitir que obramos sin motivo—teoría del libre albedrío—hánse preguntado esos por qué nos inclinamos más fácilmente á las malas acciones que á las buenas, y les parece demostrado que hecho tal es la consecuencia rigurosa de nuestra constitución orgánica y no del medio social en cuyo seno tenemos que movernos.

En fin, si fuere preciso, haría constar que en las muchas controversias que he sostenido sobre este punto, he hecho una observación digna de tenerse en cuenta. Esta: interrogados para saber si ellos mismos sentían á cada instante la tentación del mal, esas tendencias á la inmoralidad, esa irresistible inclinación al crimen que atribuyen al resto de los humanos, esos difamadores implacables lo negaban con una indignación risible. No, no; ellos no son también esclavos de una naturaleza irremisiblemente viciosa. Desde jóvenes manifestaron tendencias al bien; si por casualidad han cometido alguna acción lamentable, sólo ha sido un eclipse parcial de su virtud, ó, lo más, que, como los otros, llevan en sí el germen del mal y hasta del crimen; pero merecía á una lucha encarnizada y una serie de triunfos sobre sí mismos han llegado á limpiarse completamente del germen pernicioso; en una palabra, los unos, buenos de nacimiento, han sido y siguen siendo virtuosos sin esfuerzo; los otros, dotados de malos instintos, han sabido vencerlos.

Si tomando acta de sus propias declaraciones y con ayuda de su auto-biografía intentáis decirles que, pues desde su in-

(Continuá.)



tan imbecil, que no sé ni apreciar siquiera los grandes servicios que a la causa republicana, y a la patria, por lo tanto, han prestado nuestros ilustres representantes.

¡Oh! Sensatez, prudencia... de todo esto han hecho verdadero derroche; pero lo que es de energía, de virilidad... de esto no han gastado un céntimo.

Ni en la defensa de Morayta (cuya conducta ha dejado mucho que desear); Ni en la discusión de las actas de Madrid;

Ni en la de las de Barcelona; Ni en la del Mensaje;

Ni en los varios incidentes a que dió lugar la actitud enérgica y revolucionaria de Romero Robledo;

Ni en la parte militar; Ni en la eclesiástica;

Ni en la política; Ni en la económica...

En ninguna parte, en fin, ni con ningún pretexto, ni con ninguna ocasión, han tenido nuestros diputados:

Ni la habilidad del parlamentario; Ni los duros acentos de indignación del tribuno;

Ni las cóleras y los apóstrofes vibrantes del revolucionario;

Ni las altas miras y serenidad provechosa del hombre de Estado;

Ni siquiera la valentía del que se cree fuerte en su derecho, y representa a un pueblo ávido de justicia...

Y, no obstante, en sus distritos los aplauden por su campaña a lo Cavite y por sus triunfos a lo Santiago de Cuba!

Que no lo entiendo, vamos, que no lo entiendo.

¿Si será tan grande la desventura de España, que todos sus hijos ostentemos ya a un mismo nivel, al nivel de las alcantarillas; y si realmente los representantes no mereceremos otros representantes?

## La piedra de toque

De este país, y en estas horas de inmensa amargura, el partido republicano debería ser algo así como el condensador de las esperanzas y de las justicias, el que reuniese en torno suyo a los encañados, despojados y ofendidos, a casi todos los españoles, en suma.

Pero... en el partido republicano, cada maestro tiene su libro, cada crupio sus tablas de la ley dada por su Dios; y entre salmeronistas, piñistas, testamentarios de Castelar, parlamentarios, federales orgánicos, unionistas, nacionales, transigentes en expectativa de un jefe procedente de los descontentos de la monarquía, republicanos socialistas, sueltos, fusionistas, progresistas disidentes, izquierdistas, republicanos incondicionales etc., etc., etc., no se encuentra un Moisés que arranque al bajar de la nube, y viendo al pueblo que no grita más que *¡hambre, hambre!* rompa las tablas contra el primer lugarteniente de su partido, y se deje de *¡traga nudos!* imponer su panacea como remedio infalible.

Nada de eso, aunque sería lo más lógico, pues lo otro viene hace 25 años haciendo las delicias y el caldo gordo a la monarquía... Cada jefeito lleva siempre el dogma del grupo; así se ahorra de pensar por cuenta propia y obra según las circunstancias. El lema sigue siendo: mantener a toda costa la integridad de los principios, las organizaciones y la adhesión al jefe supremo. Y, claro es; de ese modo, los que de buena fe aportarian su trabajo en bien de la patria, se rechazan y piensan, con buen sentido, que si la receta no ha matado en 25 años, ó el enfermo es inmortal, ó las drogas son ineficaces.

Puesta ahora en juego la palabra *concentración*, los jefes (porque el pueblo acude a los actos cuando ya ellos han convenido hasta los más mínimos detalles) no tienen otro medio de recoger las fuerzas ansiosas de lucha, que la vaguedad siguiente: «Base tal: Los representantes de los partidos (y tan partidos!) progresista, federal, centralista, de fusión, sueltos, etc., acuerdan trabajar por el advenimiento de la República, utilizando todos los medios».

Pero como la concentración va a hacerse por los mismos que reventaron las uniones, *fusiones y coaliciones*, a pesar de la formación de juntas, la organización de la provincia (en comités) el reglamento de las sesiones y la apertura de un casino, y va a hacerse por los mismos procedimientos que para nada bueno han servido, es muy lógico que cuantos quieren la transformación del país nieguen su concurso a esa obra y vivan políticamente en prudencial recelo.

Esta desconfianza es posible vencerla, y debe serlo; mas, para ello, hay que admitir esta prerogativa: no todo el que se dice republicano lo es. Luego si la concentración se dirige por republicanos que lo son, es indudable que la frase por todos los medios tendrá la interpretación cierta y las garantías debidas para la gran masa de los españoles.

Republicano es sinónimo de hombre justo y libre enemigo de la mentira, retráctico al privilegio, razonador, amante del progreso... ¿Cómo probar que esas condiciones se aunan en una personalidad? Muy sencillamente.

Nada se ha hecho en España desde el advenimiento de Alfonso XII hasta el ministerio Silveira-Polavieja sin que haya pesado la influencia del clericalismo, que hoy significa, para extraños y nacionales, la fuerza única, el poder exclusivamente destructor de la vida nacional.

Por derecho propio, las autoridades eclesiásticas son legisladoras; la fuerza pública saluda con humildad al representante de la Iglesia; en muchos pueblos ejerce de cacique un cura de *escopeta y perro*. Esto en cuanto a lo pequeño, a lo menudo, que en lo grande, de los religiosos y sus asociaciones son los Bancos de crédito, las empresas de explotación, las industrias poderosas. Con parte xigua del dinero de los caudales católicos concurre la Iglesia española, al 7 por 100 de interés, al empréstito para la guerra.

Se desea conocer la autocracia y la desventaja, signo de dominio y poder, aunque intervenga en la cosa pública. Autores las pastorales antipatrióticas, al comienzo de la guerra cubana, del obispo de Barcelona, señor Catalá; los himnos gue-

rreros del arzobispo de Sevilla, Spínola; las canciones de ese mismo prelado a última hora; la reciente descarada intromisión del obispo de Santander en la labor de las compañías de teatro; la propaganda regionalista del de Vich... Pero ¿qué más citas, cuando la historia que quería continuar Cánovas, como la que quería escribir Castelar, es producto exclusivo del clero nestor, de los jesuitas, de las órdenes religiosas y de los clericales?

¿Hay función alguna de orden político donde el clericalismo deje de tener su propiedad, su fuero, más que anotado en las constituciones, garantidos por el poder político, por todos y cada uno de los hombres que mandan con la monarquía, y por todo el que tiene dos pesetas que otro le gana para que él se las pueda echar de conservador y amigo del orden?

Desde la plaza de toros que, al ser levantada, preocupa al arquitecto sobre el emplazamiento de la capilla y a las diputaciones sobre la dotación del cura que ha de prestar los auxilios espirituales, hasta la Universidad, el más alto centro de cultura, encomendado a gente religiosa antes que científica, en todas partes encontramos clericales que, so capa de dirigir la conciencia de los que no la tienen, dominan, acaparan bienes terrenos, engañan, relajan desde el primer instante la labor de cada ser hacia la adquisición de la verdad, embrutece, en fin, que es el medio más hábil y exacto para sostener, siendo una minoría insignificante, el predominio sobre toda una nación. De ellos es cuanto oficial y externo puede servir para el estudio de la España presente.

A título de general cristiano se quiere hacer de Polavieja el hombre del porvenir, y a título de buen católico preside y se aganta en el poder Silveira. Llega éste a San Sebastián ansioso de contar al jefe del Estado cómo las ciudades y villorrios piden justicia para las víctimas de Mutila, y cómo es general la amenaza contra un presupuesto dispendioso a raíz de inmenso desastre... Y lo primero que hace es ir

«sin quitarse apenas las polainas»... al templo; que así queda indiscutida su adhesión al clericalismo, origen del poder disfrutado con vilipendio tanto...

¿Quién es, pues, el enemigo, el eterno enemigo que señaló Gambetta, y que desde la cuna de la humanidad la historia, haciendo el proceso de la ruina de los pueblos, enfocó por pruebas irrefutables en el poder de las teocracias?

Entonces, si se le ve en acción ¿por qué al clericalismo no van todos los tiros de cuantos trabajan por la libertad? ¿Y el poder más fuerte que el suyo? ¿Y a o todos los monárquicos juntos valen algo, cuando sólo representan una parte, un brazo de la determinación clerical?

Los republicanos no pueden decir: *el clero es cosa distinta de la política y se puede ser católico y republicano*. No; eso es una indigna farsa; tal confesión prueba una ignorancia supina ó una intención dañada. El cura, para ser republicano, hombre libre, ha de cesar en su ministerio como lo hizo, entre muchos, el señor Barnés, catedrático de historia que fué en la Universidad de Sevilla; y el republicano, para ser católico ó fiel de cualquier religión positiva, ha de renunciar al discurso de su razón, admitiendo revelaciones, dogmas, autoridades, preceptos y dominios morales hasta la carga máxima, como un vagón del ferrocarril.

Los republicanos religiosos no serán jamás hombres sinceros y menos de acción... Y si en ellos está, por los años que hace se les vienen dando de republicanos sin que nadie se entretenga en desenmascararlos, la fuerza y eficacia de las concentraciones, ¡a dormir! que va para muy largo el triunfo de la República. Figurarán como hombres avanzados, hasta que se les plantee la cuestión con esta sequedad:

—Eh, caballeros; el triunfo ese que tantos y tantos discursos os cuesta, no viene si no se conspira en las sacristías y se catequiza presbíteros, monjes, beatos, obispos y demás gentes de altar. ¿Os parece probable? ¿Que no? Pues entonces arremetamos contra ellos. ¿Os comprometéis a combatir a toda hora el clericalismo? Firmad, como base primera de vuestros pactos, que os oponeis siempre a la religión oficial; que el Estado, apenas triunfe la República, no pagará culto ni clero; y que si no llegáis al poder, y de cuando en cuando lográis dentro del régimen una concejala ó una diputación provincial, en vuestros pueblos ó provincias lucharéis para concluir con todo dispendio a costa del pueblo y en favor de gentes religiosas.

Unos en estas ideas, cesen las predicaciones sobre el derecho electoral, como sobre la revolución, que está en la atmósfera... El que sepa hablar, razone en los mítines sobre el poder actual de los clericales y la muerte futura de la nación a manos de ellos. Cada nuevo adepto será un hombre útil. Excusados de crear hombres políticos; que es muy escasa la consistencia de tales creaciones cuando no tienen otra raíz que el comité y el casino. Despojado a los hombres de la idea de la salvación eterna y lograréis un elemento de cultura y un temperamento bien encaminado a la libertad y la justicia.

Firmemente creo que por ahí se lograría muy a prisa la venida de la República.

De los que a ello se atreven, bien se puede esperar algo en empresas de menos importancia. Por de pronto, nadie abrigará sospechas de que la hipocresía y la poquedad de ánimo desahagan el trabajo que se solicita de los más modestos.

Cada individuo que se pone frente al clericalismo, tiene su propio hogar como campo de batalla... Si a tal se decide, no haya recelo; se portará siempre como hombre de entereza. A todas partes se le seguirá con entusiasmo.

Pero... ¿habrá republicanos conspicuos que pongan su firma a esta base para la concentración, y los habrá igualmente entre los que ahora tratan de acapararla que, siendo conocidos, levanten su voz ante el pueblo para decir con arrogancia: «ciudadanos; soy anticlerical»?

Este es el problema.

Luis ASEJO

## Usureros místicos

Por indicaciones del obispo de Mahón, los párrocos de su diócesis van a fundar una Caja de ahorros y préstamos sobre alhajas y prendas de fácil realización, *al seis por ciento mensual*, siendo probable que el nombramiento de Director Gerente recaiga en el cura de la parroquia del Carmen, que desde hace mucho tiempo viene dedicándose a colocar ahorros de señoras ancianas, negociar pagarés, cobrar intereses y demás ocupaciones propias de su sagrado ministerio.

Los curas venían condenando la usura en nombre de la Iglesia. Se conoce que lo ha-

cían con el santo propósito de ver si los usureros se retiraban a la vida de hombres honrados, y reemplazaron ellos. Ven que no se retiran y se disponen a hacerles la competencia. Y así irá a manos de la gente de Iglesia todo: hasta nuestra ropa.

Verdad que esto es ya antiguo, y sin duda a esto se debe el que en el Purgatorio anden las ánimas tan frescas. Se presentan allí en cueros, y en cueros siguen.

Moda que se impondría aquí, en el momento que en cada parroquia se estableciese una casa de empeño clerical al seis por ciento. Llevaríamos abrigada y caliente el alma, pero lo que es el cuerpo...

En suma, que se lo van a llevar todo. ¡Para lo que nos han dejado ya!

## El fraile sobre el cura

Habla un cura de los que saben dónde de les aprieta el zapato:

«Enemigo nuestro es, en primer lugar, el obispo, nuestro padre; enemigo el alto clero que le sirve; enemigo el fraile, la monja, el jesuita, y, por ende, la aristocracia que los sigue; enemigas las cofradías y asociaciones católicas; enemiga la prensa religiosa y la que no lo es; enemigos los carlistas; más enemigos los integristas, los episcopales y los conservadores; enemigos los liberales todos; enemigos el maestro, el catedrático, el médico, el boticario, el hombre de ciencia, el artista, el obrero, el socialista, la mujer, el niño y hasta nuestra misma familia. Es horrible, da frío pensarlo».

El fraile no tiene aranceles, no impone; pide, se insinúa, se rodea de misterio. El pueblo que, oliendo en su instinto de justicia la venta de los sacramentos, paga rabiando las tristes pesetas del arancel, cuya mayor parte es para el alto clero, da gustoso fincas y enormes sumas al fraile que no lo cura, ni lo bautiza, ni le sirve para nada, y que a la larga lo arruina desastrosamente.

Todo eso es verdad. Pero ¿quién tiene la culpa de que lo sea, sino los curas, por cobardes y aduladores? Si en vez de transigir vilmente con los frailes, azuzara al pueblo contra ellos ¿a dónde irían a parar sus explotadores en 24 horas?

Ellos, si; sólo ellos han dado lugar a que las cosas lleguen al grado en que están, por su resignación, que bien pudiera confundirse con la abyección en ciertos casos. Por no exponerse a perder el mendrugo que comen, pasan por todo lo que los obispos les ordenan; y como los obispos, ó son jesuitas, ó están a la devoción de los frailes, el reventado siempre en último término es el cura.

He oído decir que va a fundarse en breve un periódico dedicado exclusivamente a defender al clero oprimido, vejado y perseguido. ¿Qué apostamos a que, si se publica, ese clero lo combatirá, ó lo mirará con indiferencia por lo menos?

Y es que está en él tan arraigada la soberbia con los seglares, como el servilismo con sus superiores; y que, salvo ocho ó diez honrosas excepciones, en todo el último cuarto de siglo los curas han sufrido toda clase de vejámenes de sus obispos ó de los frailes, sin lanzar un grito de protesta, sin tener un arranque de esos que no pueden reprimir los hombres, aun cuando vayan vestidos de cura, si realmente son tales hombres.

Que se revienten, por lo tanto, y sufran las consecuencias, ya que se limitan a llorar como débiles mujeres lo que no saben defender como hombres, ni siquiera como curas.

## A marcharse tocan

Los síntomas que desde hace tiempo se vienen observando, habrán hecho comprender a los frailes, jesuitas y demás chusma que bajo hábito religioso entraron fraudulentamente en España usando de la tolerancia y complicidad de los gobiernos de la restauración, que se aproxima la hora de recoger los trastos é irse con la música a otra parte.

El pueblo, en cuantas ocasiones se le presentan, prueba la antipatía y aversión que siente hacia los que han sido siempre, y muy especialmente en estos últimos tiempos, factores importantes de la ruina, atraso é ignorancia en que se halla el país, y cómplices de la política que nos ha conducido a los desastres y desdichas que hoy tenemos que lamentar.

Las gentes de las clases populares no hablan ya de los frailes y los jesuitas más que en tonos amenazadores, y manifestando su inquina contra ellos. A estas manifestaciones seguirán pronto las de otras clases sociales pudientes y acomodadas, que no tendrán más remedio que rendirse a la evidencia y comprender que la permanencia aquí de las comunidades monásticas y jesuíticas constituye un motivo de constante intranquilidad y perturbación.

Esas clases de la sociedad, llamadas conservadoras por ser las que poseen el capital y los elementos de producción y riqueza, son partidarias del orden porque en él encuentran la garantía de su bienestar y sosiego y la tranquila posesión de sus propiedades y rentas. Toleraron y favorecieron la intromisión de las órdenes religiosas y la preponderancia del jesuitismo, en tanto que han

creído que su influencia podía servir para contener los anhelos de emancipación que se observan en el proletariado, y ser un contrapeso a su favor en la lucha entablada entre el capital y el trabajo.

Los partidos políticos del actual régimen, como viven ejerciendo el poder teniendo completamente enajenadas las simpatías de la opinión y sin atender a más intereses que los que atañen a su egoísmo propio y a la estabilidad de la monarquía, también acogieron la ayuda de los frailes y los jesuitas para dominar al pueblo, agobiándole bajo el peso que representa tantos sables, hisopos, mitras, togas, sotanas, casacas y uniformes como le han echado encima.

Pero todas estas clases que representan la alta banca, las grandes industrias, el rico comercio, la magistratura, el episcopado, el generalato, la política, el capital, la propiedad, los derechos adquiridos, todo, en fin, cuanto vive cómodamente a expensas del elemento productor y trabajador que se basa en los oficios, las profesiones útiles, las industrias y la agricultura, que sólo se desarrollan y prosperan en los pueblos que disfrutan de tranquilidad, tendrán forzosamente que clamar también en contra de los frailes y los jesuitas como perturbadores que son del orden y la paz del país.

La tranquilidad de la nación, el orden social, el sosiego público, son cosas que realmente importan muy poco a los que no tienen propiedades, rentas, derechos ni nada que perder; pero no les sucede lo propio a las clases acomodadas y conservadoras. Nadie más que ellas está tan interesado en que no se produzcan perturbaciones que impidan la tarea y la labor abajo, é interrumpen el placer y la digestión arriba.

Así, desde el momento en que los jesuitas y los frailes, por su soberbia, su avaricia y su afán de dominarlo y absorberlo todo, han trocado su papel de auxiliares ocultos del régimen social y político actual, por el de perturbadores del orden público, a causa del odio que han inspirado al pueblo, deben temer todo el egoísmo de las clases pudientes y acomodadas, porque al fin y al cabo, con el pueblo ó sobre el pueblo tienen esas clases que vivir y no con los jesuitas y frailes, que si ya no sirven para fanatizar y embrutecer a las gentes, maldita la falta que hacen para nada.

Deben, pues, cuanto antes levantar el campo é irse de España, porque según se van poniendo las cosas, y a juzgar por los síntomas, es muy probable que en la primer revuelta que aquí se arme contra ellos veamos al pueblo ir capitaneado por banqueros, comerciantes, generales, senadores vitalescos, consejeros de Estado, coronels retirados, jefes de Administración, magistrados jubilados, exministros y demás gentes que constituyen las clases conservadoras y de orden a quienes en primer término no conviene que en el país existan elementos de perturbación.

José CINTORA

Dice la *Gaceta de Franchfort* que los elementos civilizados de Europa están avergonzados de que sea la reacción, el jesuitismo y la inquisición la característica de los Gobiernos de la restauración en España.

Poco honrosa es para nosotros la opinión esa, mas fuerza es reconocer que la tenemos bien merecida.

Y lo que te rondará, morena.

## Las oblatas

Origen de esas benditas explotadoras en España, según Gil Blas de Santallana, condecorado perfecto del paño clerical, y que, ó yo me engaño mucho, ó ha sido cocinero antes que fraile. O al revés.

«Un obispo de menos que medianos alcances, de exageradas ideas reaccionarias, dimisionario, ó sea que cobraba cuarenta mil reales por no hacer nada, a quien omiso decir en cierta ocasión que el Papa había prometido ser un león y había resultado una cebra, y orador inquisitorial y antiesclético de la juventud católica, se asoció con una señora fatigada de larga peregrinación por los riesgos, vicisitudes y mudanzas de la vida mundana, trasplantada no sé por qué de Francia a España, de ardiente fervor religioso y de arrogante figura y bello rostro, aunque ajado por el curso del tiempo».

De común acuerdo y vibrando al unísono, determinaron fundar un instituto religioso que se dedicara, principalmente, a sacar del fango a desdichadas a quienes la sociedad con sus egoísmos brutales, más que el vicio ni la atracción del placer, llevan a hacer comercio de su cuerpo. A ese fin adquirieron el obispo y la devota un caserón antiguo en Ciempozuelos con terrenos lindantes suficientes para ir agraciando el convento.

Lenguas maldicientes y liberalesas se dejaron decir que el tal obispo, religioso benedictino, había venido de las misiones de Australia bajo partida de recaudo; añadieron que la Orden lo había expulsado por causas a que no era ajeno el eterno femenino, y aún insinuaban que aquí se le dejaba en situación de dimisionario, por no sé qué instintos de guerrillero y conspirador carlista que en tal obispo aparecía.

No se libró tampoco la madre Ambonci, que este era el nombre de la fundadora, de diatribas y chismes que a eclipsar el bolsillo de Su Santidad se dirigían. ¿Por qué ha venido de Francia a España? ¿Qué junta es esa del obispo y la devota guapa, olvidándose del prudentísimo refrán español: «entre santa y santo pared de cal y canto»?

¿Cómo se consiente esa pareja episcopalo-devota en la soledad de una casa en Ciempozuelos? ¿No se usaba antes en la Iglesia que sólo personas extraordinarias y después de milagros y años y exámenes fundaran lugares nuevos?»

Esto dijeron los espíritus mundanos y fáciles para criticar las obras santas; pero como en España nunca falta un gran núcleo de personas verdaderamente devotas que, si nos han llevado a no tener dinero, ni dignidad, ni colonias, no han logrado que nos falten los tan acreditados frailes

con sus cordones, cerquillos y mugre, ni las monjas de todos colores, locas, pliegues, sandalias y conventos, las Oblatas del Santísimo Redentor empezaron a llevar a cabo su obra de sacar del vicio a las jóvenes, ó, digámoslo con franqueza, a trasladar gran número de jóvenes de unos vicios malos repugnantes a otros vicios más repulsivos, aunque se los perfume con incienso y se los selle con la toca y la cruz.

La casa de las Oblatas en Ciempozuelos empezó a ofrecer a los ojos de España el espectáculo más digno de la pluma maravillosa de Zola que puede imaginarse.

Unas monjas vestidas de un hábito de color de rata, ceñidas de un cordón lleno de grasa y cubiertas de sucias tocas blancas y pardos mantos negros que, en un casero mal oliente é infecto, aquí con las enaguas remangadas fregaban chocolateras y vasos de noche, allí colgaban sábanas de dudosa blancura con señales horribles é inequívocas de ser mujeres y jóvenes las allí alojadas; más allá iban desnudas de pie y pierna, fregaban suelos de vistosos ladrillos en que se formaban baches de humeante y sucisimo jabón; por este lado había camas mostrando al descubierto el hoyo que en ellas hiciera la persona que recientemente la había abandonado; por el otro, colchones que puestas a secar al sol, dejaban escapar vapores de no sé qué acres olores ó residuos. Y todo esto a vista del público, sin orden ni concierto, sin silencio, antes con ruido ensordecedor y presidido en claustros y salas por toscas imágenes, generalmente de la hermosa pecadora arrepenida, ante las que ardían lamparillas rebosantes de verde y bucoso aceite... A la legua se veía que allí no había espíritu religioso, ni orden, ni virtud, ni posibilidad de convertir a alguien, ni nada.

Efectivamente, los frutos de la fundación no se hicieron esperar. Las asiladas empezaron a llamar al obispo y la monja el *matrimonio*; ningún sacerdote quiso ser capellán de tal conjunto de aberraciones; en Roma se negaron a aprobar el Instituto; un día una monja y una arrepenida, después de zurrarse a enaguas remangadas, caen abrazadas en un lavadero de donde las sacan medio muertas; el célebre Padre-Madre Macario, cede el bajo de la Buena Dicha para residencia de la Oblatas, y preguntándole nosotros por cierto criado que había tenido, nos dice: «¡Dijo mío, lo tuve que echar porque se enamoró de una de las de abajo»». «¡Claro, y era un escándalo!» «No; que resultó con nuas... que ha ido a parar al Hospital de San Juan de Dios».

Cuando se tropieza con catedráticos tan notables en cualquier facultad, como lo es en esta Santallana, no nos resta a los profanos más que tocar la cabeza, y exclamar filosóficamente: *Magister dixit*.

## Dónde está el remedio

Un papá carmelita ha dicho desde el púlpito en la iglesia de San Benito (Valladolid) «que el día en que todos los españoles lleven el escapulario de su orden, se habrán acabado para siempre los malos años y todas las plagas con que el cielo nos castiga, precisamente por no ponernos el escapulario».

Desde que he leído esa explicación lógica y verídica de nuestras desgracias, me hago cada cinco minutos esta pregunta:

«¿Qué hubiera sido de España ¡oh cielos divinos! si nuestros soldados no llegaran a ir a Cuba, como fueron, blindados de escapularios y medallas?»

Benditos sean los que se los colocaron, pues merced a esto únicamente perdimos todos los barcos, cien mil y pico de soldados, las colonias enteras, centenares de millones de duros, el honor legendario, la fama de valientes, y hasta creo que también una poquita de vergüenza.

¡Digo si no llevan tantos escapularios nuestras fuerzas de mar y tierra! No sé lo que hubiera sido de ellas y de nosotros.

A colocárnoslos, pues. Y para predicar con el ejemplo, en cuanto acabe este párrafo voy a colocarme uno.

¿Dónde? Este es mi secreto.

Un cura celebraba misa en el Seminario de Stofano (Roma).

Momentos antes de alzar, su sobrino vertió el vino en el cáliz, é lo bendijo, lo llevó a sus labios, lanzó un grito, y volviéndose hacia el acólito arrodillado, exclamó: «¿Qué me has dado? ¡Parece petróleo!»

Después cayó desplomado sobre las gradas, y, moribundo, fué trasladado a la sacristía, donde falleció a los pocos minutos.

Averiguado el caso se vió que, en vez de la botella de vino, había cogido el chico una con no sé qué veneno que estaba al lado.

«¿Para qué tenían allí el veneno?—Lo ignoro. ¿Cómo, puesto que la bendición tiene poder bastante para convertir el vino en sangre de Cristo, no lo tuvo para convertir el veneno aquel en sustancia inofensiva?—Lo ignoro también».

Y no sé si efectivamente habrá alguien que entienda de estas cosas. Lo que es yo no entiendo ni una palabra.

## La verdad triunfa

Ya no es sólo el excomulgado Morín quien dice que los jesuitas hacen la competencia al clero parroquial, arrebatándole sus ingresos por la gran influencia y ascendiente que ejercen en la mujer y la familia, y apoderándose por tal medio de grandes riquezas. Es *La Correspondencia de España*.

En el número correspondiente al 27 de Julio, en un artículo de su corresponsal en San Sebastián, Aguilár, é investigando la razón de la ausencia de las muchachas en las fiestas del Gran Casino, dice:

«En lo que fué teatro del Circo existe hoy una residencia de padres jesuitas, y lo que fué vestíbulo, café y pasillos está convertido en iglesia ó capilla provisional».

Algunas damas de esta capital reunieron sus



ahorros, compraron el Circo y toda la manzana de casas y se lo regalaron a la Compañía de Jesús. Apenas ésta fijó en San Sebastián sus reales, hizo sentir su influencia en la sociedad donostiarra y compitió con ventaja con el clero parroquial en la cura de almas señalando el camino del cielo.

Ello es que los jesuitas ejercen en San Sebastián, como suele acontecer en muchas partes, poderosa atracción, y que su capilla y sus confesonarios están muy concurridos, mientras a la iglesia novísima y hermosa del Buen Pastor no va un alma a elevar al cielo sus oraciones y plegarias.

Tanto es así, que el rendimiento de las sillas en esta semi-catedral ha disminuido al mes en 400 pesetas. Y este ingreso era y es la única fuente de recursos para devolver capitales invertidos en la construcción.

De tales cosas se habla en tertulia y se comenta la influencia y ascendiente que los jesuitas tienen sobre la mujer donostiarra y sus resultados en las familias y en la ciudad, que trasciende, y mucho, en la vida de este pueblo.

Las muchachas no van al Casino tal vez por esa influencia, que las tiene más atentas a las cosas de Dios que a las de este mundo.

Todo eso, dicho por la católica Correspondencia, tiene una importancia mayor cien veces que dicho por EL MOTIN.

Y por si alguna pincelada faltaba al cuadro, díjese otro periódico católico, el Herald, añadiendo que «todas las que se confiesan con los padres de la Compañía de Jesús, hacen alarde de huir de la sociedad y se preparan para monjas, sobre todo si pueden disponer de buen dote para entrar en el convento.»

Al acostarme esta noche, pediré en mis cortas oraciones al Señor de cielo y tierra que siga iluminando a todos mis queridos compañeros en la prensa para que, al igual que esos dos, trabajen por limpiar a España de la basura clerical. Amén.

## LO QUE SE VE Y LO QUE NO SE VE

Cualquiera que no nos conozca creerá que en España nos pasamos la vida comulgando y dándonos disciplina, cubiertos de cilicios, atentos a salvar nuestras almas, fija la vista en el cielo y olvidados de los intereses mundanos.

Para los tontos de aquí ó para los poco enterados del extranjero, Noedal será un San Pablo con levita y guante blanco; Cerralbo un Godofredo de Bullón que viste smoking; Mella un Tertuliano; Cascajares y don Marcelo Espinola unos Alanarios ó siquiera Isidoros; el padre Montaña un venerable Avila; el padre Sanz un Rivadeneira, y toda la corte una especie de comunidad con traje decorado las damas y casaca galoneada los hombres.

Leyendo nuestra prensa, parece que toda ella se compone de sucursales de la «Civitta Católica» y que los artículos están escritos al salir los redactores de la disciplina en la bóveda de San Gines.

Los que hayan leído que el general A se disciplinaba los viernes en el oratorio que tenían los jesuitas en casa de Zaldivar, y que el general Polavieja no sale de un convento de monjas frontero a otro de frailes en Chamartín; y que a la puerta del Sagrado Corazón, de las beatas inglesas de Santa Isabel y de la iglesia mamarracho sita en la calle de la Flor baja, hacen larga cola docenas de coches de nobles, generales, ministros, banqueros y horizontales; y que Maura comulga todos los primeros viernes, confesando con el padre Garzón, director y visita de su familia, y que hasta los bailes de Carnaval convulgen con misa de ceniza en el oratorio de la casa... los que esto hayan oído, se dirán:

«Nada, España es una nación convento; cada mujer una Santa Teresa; cada hombre un Obregón; cada clérigo un Jacobo de Gracia; cada fraile un Torquemada; cada «demodainé» una Egipciaca, y hasta cada cómico un San Gines romano. Allí se vive en plena cofradía de penitencia, se come la sopa boba conventual, los milagros no llaman la atención de puro frecuentes, y, como en el Paraguay, pasan años sin que haya noticia de un pecado mortal y... de un adelantado material.»

Por fortuna, todo es ilusión, motivada por la más enorme hipocresía nacional, gubernativa, periodística, social ó lo que se quiera.

Es necesario estar aquí, observar y conocer a la gente para cerciorarse de que Noedal es un excéntrico ambicioso, más amigo del dinero que un Rostchid, millonario sibirita, elegante refinado, enamorado ardiente a pesar de sus años, amigo de impíos y masones cuando le gusta su trato y le conviene, y aficionado a todas las diversiones mundanas, que frecuenta a diario, y los templos muy rara vez.

Que Mella es un abogado anticlerical y amigo de hacer dinero; Cerralbo un noble aprovechado, más tonto que una viga, poco dado a curas, menos creyente y en extremo cuco. Si oyeran en los cafés hablar a los carlistas horrores del Papa, de Rampolla, de los frailes y de los obispos; si presenciaran escenas en que los generales, los ministros y los diputados más neos blasfeman como carreteros ó hablan de sus manebas; si vieran a los periodistas católicos frecuentar casas «non sanctas», garitos y cafés, procurando en día de ayuno entre murmullos fáciles, y a los magistrados «que salvan el honor de los obispos», persiguiendo de noche golfas en el Dos de Mayo, y a los banqueros católicos pegándole a su mujer que los acusa de perdidos, y al clero vestido de paisano metido por las vias pecadoras en cuanto anochece, y a los obispos jugando al tresillo y diciendo galanterías subidas de color a las marquesas... no saldrían de su asombro.

Si supieran las aventuras de las confesandas del padre Sanz con toreros y predicadores, la historia galante de Cardona, el nombre de las queridas de cada santo de oficio, el origen de la fortuna que ostentan Urquijos, Cubas, Comillas y Gamazos, la impiedad atea de Silvela, la brutalidad excéntrica de Polavieja y las franquezas volterrianas de Martínez Campos...

Pues si vieran que Cascajares no puede recitar de memoria el credo porque no lo sabe; que don Marcelo, arzobispo de Sevilla, ignora hasta el catecismo, y que el padre Montaña, un porro en cánones, tiene que valerse de un asesor oculto que le haga los informes para la Rota; Sin duda convendrían con nosotros que que jamás hubo aquí tanto dominio clerical y menos fe y religión; porque nada perjudica más a ésta que sacarla de su justo medio, llevándola a excesos que acaban siempre en hipocresía, inmoralidad y decadencia por atrofia intelectual y moral.

Nos atenemos, dirían, a la mujer sencilla de su casa y al dicho del santo obispo de Ginebra: «Las vias trilladas son las más seguras» y la virtud consiste en el medio.

Pío QUINTO

Dicen que el ayuntamiento de Logroño es republicano, y si debe serlo, cuando ha acordado enviar 100 pesetas al vicario capitular de aquella diócesis con destino a reparar una ermita en Clavijo.

Ni uno siquiera de los concejales pidió la palabra en contra, ni siquiera para decir que los fondos del municipio no debían tener esa aplicación, y que, los concejales que se sintieran tan fervientemente católicos, podían rascarse el bolsillo.

¿Pero cómo no han de hacer lo que han hecho, si casi todos llevan sus hijos a los colegios de frailes, sin importárseles un comino de que se los flamineen, y algunos se alaban públicamente de ser perfectos católicos, apostólicos romanos?

¡Pobres niños los que vienen al mundo de padres así! El que no salga prosti-tuido en su cuerpo, lo saldrá en su espíritu. Y los flaminios y doroteos espirituales dejan huella más profunda aun que los materiales.

## Cartas de monja

En prueba de mi imparcialidad y respeto a todas las opiniones, voy a insertar en EL MOTIN una serie de cartas que me dirige la Rda. M. Abadesa de monjas Mercedarias de Zamarramala.

Dice así la primera:

«Señor don José Nakens: Muy señor mío; Aunque sin conocerlo me dirijo a usted, porque así me lo ordena mi padre el gloriosísimo Pedro Nolasco.

Apareciésemos ayer a eso de las tres y media de la tarde y cuando me ocupaba en apretar perfumado espliego dentro de un acerico en forma de Corazón Meliflao, donde habían de clavarse los alfileres a prender la ropa de esta su santa Comunidad destinados.

Así, mi señor don José, así se lavan los pecados en aquel amante Corazón, que ó yo sé poco, ó a estas horas debe estar convertido en el cilindro de una caja de música. ¿Cuántos alfileres de usted habrá allí! De usted, cuya pluma, y perdone la libertad de hablar de esta pobre esposa del Cordero, ó es cuchillo que rasga sotanas y hopalandas para que aparezcan en cueros ante el público los siervos de Dios de ambos sexos (los sexos ambos son los de los siervos, no los de Dios) ó es hisopo mojado en tinta que arroja negras manchas sobre la franja, estampada ó jerga en que los religiosos, para mejor llegar al cielo, se envuelven. Y es lo peor que usted, al combatir a frailes y monjas, lo haga siempre en general, pues si usted tuviera la dignación de pasarse por las aceradas puntas de este locutorio, yo le diría cuatro cosas de las que suceden en este convento, que habrían de ser regocijo y salto de los lectores todos de EL MOTIN.

Aunque no sea del caso, he de decirle que tenemos aquí una Sor Dominación de las Cinco Sacratísimas Llagas; una Sor Tronos de las Tres Caídas, y una Sor Querubas del Desprecio de Herodes, que así se someten a mi santa obediencia como hacen las tucacas.

Bajo la presión de un gran disgusto escribo a usted, señor don José, para que empiece a distinguir lo que va de monja a monja; no nos envuelva a todas las vírgenes en las mismas censuras, y así se eviten salivas en el Divino rostro que anhelan contemplar los ángeles, como dicen los predicadores, sin duda, a mi entender, porque el Señor usa careta para andar por casa.

Ha de saber usted que ayer se trataba aquí de hacer un gran manguito (bizecho grande en figura de rosca) para don Gelasio, que es nuestro capellán, y otro para el P. Parmenio, que es el director de todas las almas de esta Comunidad.

Pues bien, en un volver de cabeza y por una mala voluntad de Sor Desprecio, ayudada de la revoltosa Sor Tres-Caídas, resultaron los huevos de don Gelasio en el manguito del Padre Parmenio.

Tuvimos, para quedar bien, que suplirle a don Gelasio lo que le faltaba, con merengues y unos anises de colores.

Gracias que él es un bendito y de todos modos seguirá sirviendo a la Comunidad como lo ha hecho siempre.

No digo esto porque sea yo aficionada a chismes, que precisamente me llamo Sor Serafines del Sagrado Silencio, sino para desabogar mi corazón, ya que por mandato de nuestro bienaventurado fundador voy a intentar traerle a buen camino haciéndole oír los amorosos silbos con que, como a oveja ó borrego descarriado, le llama el buen Pastor.

Pues, como iba diciendo, los pecados de usted tienen muy afilido al Hijo del Hombre; así le llaman los libros santos, aunque confieso que todavía no he podido averiguar qué hombre es ese, ni por qué se afiliga su hijo con los pecados. Ello es que está muy afilido por los pecados de usted, y como supongo que su buen corazón no querrá que nadie viva rabiando por pecado más ó menos, se lo comunico para que, desde ahora, haga usted todo lo que quiera, menos pecar.

Sepa también que nuestro Señor, mansísimo cordero, padre amorosísimo de los hombres y enamorado esposo de las almas, tiene determinado que a la primer esposa que le moleste la zampa en el infierno para no perdonarla en toda la eternidad, y unas veces convertirla en bufuelo que en herviente aceite se fríe y otras en bistek que en enormes parrillas se tuesta. Esto porque es mansísimo; que antes de adquirir esa mansedumbre era otra cosa.

Usted, como no lee libros piadosos, no sabe que el pecado sienta muy mal para la salud. Es un verdadero gazpacho con pepinos, que es rara la vez que se come sin que nos cause un cólico.

Aquí mismo tuvimos un sacristán tan impío, que unas veces en viernes de Adviento se desayunaba con torreznos; otras tocaba con sus manos el Sagrado Copón. Yo le decía: «Ay, Claro, qué castigo va usted a tener, y cómo va a perder la salud!» Y Claro, claro, murió de un modo desastroso. Se le cayó encima una Sagrada Familia y le hizo una tortilla.

Por otra parte, sólo por la alegría que hay en el cielo cuando se convierte un pecador, debía usted empezar a servir a Dios.

Los ángeles del cielo celebran fiesta cuando los pecadores los vicios dejan.

Así cantamos aquí en nuestras inocentes recreaciones. ¿Qué trabajo le cuesta a usted conceder un día de jolgorio a los angelitos que, como gente joven y regocijada, tanto lo debe desear?

¡Vamos, don José, dé usted un día de fiesta a esos pobres ángeles, que lo están esperando!

Finalmente; mientras usted no deje sus pecados no piense en ir al cielo, pues no va; y aunque allí puede ser que le toque pasarse toda la eternidad entre las barbas de dos evangelistas, cosa que no debe ser muy divertida, también le puede tocar pasarse entre dos vírgenes auténticas.

No eche a mala parte, mi señor don José, no eche a mala parte este papel que me atrevo a enviarle sólo por su bien, y mande lo que guste a esta su segura servidora

¡Viva Jesús!

Sor Serafines del Sagrado Silencio.

(Abadesa.)

Por la copia,

GIL BLAS DE SALLANEA

## CANSERA

(DE VICENTE MEDINA)

«¿Pa qué quies que vaya? Pa ver cuatro espigas arroyas y pegis a la tierra; pa ver los sarmientos ruines y mustios

y esnuas las cepas, sin un grano d'uva ni, tampoco, siquía sombra de ella... pa ver el barranco, pa ver la laera

sin una matuja... ¡pa ver que se embisten de pelás, las penas!... Anda tú, si quieres, que a mí no me quea ni un soplo d'aliento, ni una onza de juerza, ni ganas de verme,

ni de que me mienten siquía la cosecha... Anda tú, si quieres, que yo pué que nunca pise más la senda,

ni pué que la pase, si no es que entre cuatro ya muerto, me lleven... Anda tú, si quieres...

No he d'ir, por mi gusto, si en crus me lo ruegas, Por esa sendica por ande se jueon, pa no golver nunca, tantas cosas güenas... esperanzas, queres, sudores...

¡tú se jue por ella!... por esa sendica se marchó aquel hijo que murió en la guerra...

por esa sendica se jue la alegría... ¡por esa sendica vinieron las penas!... No te cansas, que no me remuevo; anda tú, si quieres, y éjame que duerma,

¡a ver si se pa siemp!... ¡si no me espertará!... ¡tengo una cansera!

(Del libro Aires Murcianos.)

El prior encargado del hospital de la Santa Cruz (Barcelona) consiente que los polizontes entren de noche, faltando al reglamento, a martirizar con amenazas a los enfermos. El último caso ha ocurrido con un joven de unos 18 años, que estaba en la Sala del Santo Cristo curándose una fractura parcial en el cráneo ocasionada por la policía en los últimos sucesos.

Tratándose de que revienten a un desdichado, ¿por qué no han de poder faltar priores y hermanas al reglamento, a la caridad y a la justicia?

Este procedimiento convierte al hospital ese en una sucursal de Montjuich: amenazar a los enfermos, es sólo una nueva forma del tormento que allí se aplicó a los anarquistas.

## LA OLA CLERICAL

«Los elementos clericales, nunca saciados de inocular fanatismo, acechan, atisban la ocasión para dar pábulo a sus malos instintos.

Un día a infelices mujeres se las encierra en conventos, sometidoselas contra su voluntad a un régimen verdaderamente monacal.

En otra ocasión, haciendo las veces de sayones de un nuevo Santo Oficio, penetran violentamente en un domicilio con el propósito, que ven realizado, de administrar los últimos sacramentos a una enferma que no los había pedido.

Otra vez logran que unas monjas retengan en su poder, con el objeto que es de suponerse, a una menor de edad adinerada, cuyo padre en vano clama para que, en cumplimiento de las leyes vigentes, se la restituya a su hogar.

Todo bicho viviente contempla aquí impasible el avance de la reacción clerical. Y luego, cuando se divulgan hechos como el de la calle de la Corribia; cuando se hacen del dominio público iniquidades como la que se está cometiendo con ese infeliz anciano cuya hija se halla en un convento de San Gervasio de Cassolas; cuando se propala la noticia de que a otros infelices padres —tras una serie de astutas maquinaciones— acaba por arrebatárselos una hija, como sucede al indigente matrimonio de la calle de Radas; cuando algo de esto ocurre, entonces la opinión liberal parece como que des-

pierta de su letargo, reacciona, se conmueve y exalta.

Pero la gentualla clerical ya sabe que no tiene motivo para inquietarse. A poco el hecho se va esfumando en la memoria de los que de él abominaron, las protestas y las imprecaciones se pierden en el vacío, y desde sus madrigueras prosiguen los reptiles clericales ejerciendo su letal influencia en todos los órdenes y en todas las manifestaciones de la vida.»

(El Diluvio, Barcelona.)

## Injusticias

«Sr. Director de EL MOTIN.

Los inquisidores de Madrid ó Barcelona, han mandado una orden draconiana al gobernador de este penal contra los condenados de Montjuich para que se vigile de cerca todas nuestras acciones; al efecto, se nos trata rigurosamente, vigilados por presos y soldados con la consigna de no dejarnos escribir. ¿Qué pretenden D-spnj ls. Portas y demás comparsas al amorlazarlos? Si fuera este solamente su objeto, no protestaríamos, por ser del dominio público sus hazañas; pero es el caso que esta maldita orden pone en peligro nuestra vida, y ésta la defenderemos hasta el último aliento.

Se nos ha prohibido salir a la calle, cosa indispensable a la vida en este penal; esto es una inmundicia cloaca, con todas sus consecuencias. Necesario es que el lector sepa qué habitación ocupan, por efecto de tal orden, tres de los condenados en Montjuich; el otro de los cuatro está enfermo en el hospital. Nuestra habitación está en su mayor parte oscura por completo a las doce del día, siendo en extremo pequeña. Una ventana delimitada por doble reja con enormes barrotes que interceptan más la luz; la marea azota continuamente al pié de la ventana, y por desembocar junto a ésta uno de los excusados, el poco aire que entra es pútrido y envenenado; esto mismo hace que sea en extremo húmeda nuestra celda, aumentando nuestro malestar el estado del piso, que está lleno de grietas que comunican con el mar, soplando a veces con silbatos de vapor; añálanos a estas inkomodidades el continuo romper de las olas contra el muro, y estamos seguros que el mismo Dante se horrorizaría de pasar una noche en esta cueva de marrucos, como la llaman mis queridos compañeros.

De no terminar pronto este estado, está en peligro nuestra existencia. ¡Oh! ¡Si al menos uno tuviera la satisfacción de escupir al rostro de quien dispone semejantes órdenes a fin de restringir nuestra ya precaria situación!

¿De qué nos sirve ser inocentes y que el pueblo sano pida justicia?

¿De qué nos sirve el sumario que sigue Despujals, si nos tienen peor que en Montjuich? ¿Es que acaso quiere ganarlos imposibilitando a los interesados? ¡Qué lástima de justicia catalana! ¡Qué diferencia entre Montjuich y Dreyfus! La que media de una nación libre a otra gobernada por imbeciles.

Muchas cosas añadiríamos, pero nos falta oportunidad.

Tenemos noticias que los compañeros del Peñón de la Gomerá pasan lo mismo que nosotros. — Juan Casanovas. — Antonio Ceperuelo. — Baldomeo Oller. — Juan Bautista Ollé.

Nación donde se trata así a los que la ley castiga, no tiene derecho a llamarse civilizada. Mucho menos tratándose de hombres cuya inculpabilidad está en la conciencia de todos los hombres honrados.

Como es inútil dirigir excitaciones a nadie para que sean remedadas tan tremendas injusticias, me contento con contribuir a hacerlas públicas, por si esto hace que las nubes se vayan condensando y un día estalla justicia tormenta.

Y a excitar a que sigan celebrándose mítins revisionistas como los celebrados últimamente en Granollers, San Andrés de Palomar y Ripoll, y el que se organiza en Alicante; y que los ayuntamientos imiten a los de Reus y Vendrell, que han acordado pedir al gobierno la revisión del proceso de Montjuich.

Los 700 obreros que pertenecen a las Sociedades de resistencia y a la Agrupación Socialista de San Sebastián, suscribieron una hoja exigiendo responsabilidades para la Superiora de las Oblatas, por haber empleado en cavar y extraer tierras, oficio rudo de peones é impropio de mujeres, a las acogidas.

Y el gobernador civil, que no sé quién es ni me importa, porque no estoy deseoso de conocer lacayos de clericales, negó permiso para publicar la hoja, «no porque contuviese nada ilegal, sino por evitar el escándalo que habría de causar su lectura.» Y como los firmantes insistieran en publicarla, les advirtió que recogería la hoja y detendría a los autores de ella.

Aunque nada adelantó, porque EL Socialista la publicó en Madrid, la mandó a San Sebastián y circuló profusamente.

Además de tiranuelos, son brutos.

## Crónica rural

Sr. D. José Nakens.

Querido amigo: Según hemos visto con sorpresa, aun vive don Francisco y gallea y se pone a predicarnos moral, lo cual que la culpa es mía por haberle dejado para que aún aletease, y no haber concluido de decir lo que es ese indecente, pero ya lo iré diciendo. Y por cierto que en mi última hablando de sus indecencias, no dije lo de la agencia ó lo que sea de las criadas que según parece no es cosa de su prima sino de su esposa ó lo que sea, y bueno es que de esto le dé usted parte al Gobernador para que lo enmiende; que yo lo digo sin orgullo y para que nadie se avergüence de lo bueno que haga aunque se lo haya indicado un palco como yo, pero es lo cierto que desde que

publicó usted lo que yo dije de las cochinas del don Francisco, pues ya no se ven tan a menudo en los periódicos aquellos sultos de los vecinos honrados y suscriptores pidiendo alguna barbaridad contra cuatro infelices. Pues ahora bueno será que también me oiga quien me deba oír, como dijo mi tocayo el señor de Silvela que se ha atraído las oposiciones como mi tío el señor Paco se atraía las perdices; guisándolas.

Pues lo de la agencia es que tienen una casa y la anuncian, y la persona decente que va por una sirvienta lo mismo, y el que se pone a servir siendo decente pues ya tienen que hacer, porque eso sí, a todos les cobran, pero la mujer que busca casa pues no se la encuentran si no da más ó promete dar de lo que robe cuando esté colocada, de modo que se aburre, ó si la colocan, pues es que ya va para perdida: conque allí no quedan disponibles más criadas que las sinvergüenzas. Y de los amos, pues van engañados, y les van dando aquellas calamidades; conque allí no van ya más amos que los que buscan perdidas ó perdidos, sea para diversión ó para otras tunantadas como ayudar a engañar a los maridos ó a las esposas ó a los abuelos, ó para lo que sea, que no será para nada bueno; y allí tiene usted a la doña Paquita, la mujer del don Francisco, hecha un brazo de mar y haciendo arreglitos que no se notan ni dan escándalo, pero que luego hacen más daño en la familia que otras muchas cosas que persigue la autoridad. Lo cual que a aquello no le falta nada porque allí se lleva un registro de todo, y si usted toma una muchacha de allí, pues queda usted anotado con todo lo que ocurra en su casa de usted; y la muchacha también queda anotada con todos los deslices é irregularidades que haya tenido en las casas donde haya estado.

Y todo esto debe producir de firme, porque la señora Curra, que es suegra del don Francisco ó lo que sea, porque es madrastra de la doña Paquita ó sea la mujer con quien estaba el señor Curro, el padre de doña Paquita después de enviudar y cuando murió, y digo enviudar porque se le murió la madre de la Paquita: que esto será lo único cierto, lo de que era la madre y lo de que se murió. Pues la señora Curra va a poner una agencia de matrimonios. ¡Dios nos coja casados!

Y sin molestar más consérvese bueno y mande a su servidor que lo es

EL SEÑOR FRASQUITO

Valcualquier, Agosto, 2, 99.

Se casó civilmente en Villacabris un vecino, y al día siguiente encontró debajo de la puerta de su casa una indecente II jota de esas de propaganda carcatónica que circulan por toda España.

«La hoja en cuestión, según un colega, trata del matrimonio civil, y va encabezada con una asquerosa viñeta que representa a un cerdo haciendo de juez y una pareja en figura de dos perros, con otras porquerías muy dignas de los que con la lectura de tales hojas se solazan.

El texto no desmerece en nada del grabado: debe haberlo escrito algún cura frecuentador de burdeles, pues sólo en tales lugares se aprende el vocabulario sóz que la referida hoja de propaganda «católica» contiene, y el desprecio a la dignidad de la mujer que toda ella traspira.»

«La mujer! Valiente cosa les importa de ella ni de su dignidad a los clericales del día. Que tenga dinero al casarse con ellos, y haga después lo que guste, incluso pasarse las semanas enteras haciendo penitencia en la celda del colegio de jesuitas con su pobre espiritual. Que los maridos en tanto se irán a pasar el día con el fraile que les abrió, cuando niños, las puertas de la gracia.

Y tú! contenti.

## UN JUEZ JUSTO

Instigados por los frailes, los niños del colegio de la calle de Guzmán el Bueno se entretenían piadosamente en insultar a una pobre señora que vive por allí y que es protestante.

Quejose ella a los del cerquillo, y como si no; acudió a la Delegación del distrito, donde llamaron a varios de aquellos noceales en estado de canuto, y dijeron que obedecían las órdenes de los Padres; fué por último la cuestión al juzgado de la Universidad, donde impusieron 25 pesetas de multa y tres días de arresto...

¿A los frailes instigadores? No; a cada uno de los niños, fundando el juez su fallo en que «si bien la religión del Estado es la católica, merecen todo respeto las demás creencias y la libertad de conciencia que consignan las leyes.»

Aplaudo al juez que aplica la ley tan honradamente sin ceder a prejuicios de doctrina ni de escuela, y lo habría aplaudido más, si dentro de la misma ley hubiese encontrado medio de sentar la mano a esos frailecos que abusan de la inocencia para inducir a cometer acciones punibles.

Si bien me alegro mucho del berrinche que habrán pasado los padres de los niños al aflojar la mosca. ¡Justo castigo a la torpeza que cometieron llevándolos a una de esas escuelas con Dios, pero sin caridad ni amor al prójimo, y donde aliadamente surge un moralizador (?) flaminio, ó un virtuoso (?) doroteo.

Pero allá ellos, que yo no voy a ser más papista que el papa.

Las señoritas de Novia de Salcedo, en vista de la triste situación que atraviesan las clases jornaleras de Bilbao, han tenido la feliz idea de regalar algunos miles de pies cuadrados de terreno en Elejabarri al P. Provincial de Capuchinos, para que se edifique en ellos un convento destinado a las Madres de dicha Orden.

¡Oh caritativas señoritas! El de allá arriba os conceda pronto la dicha de presenciar conmigo tres ó cuatro días de justiciero jil-lito, para que os convenzáis, al ver que no queda piedra sobre piedra de ese nido tan mono que vais a regalar a esas lechuzas místicas, de que lo mal ganado se lo lleva el diablo.



